

LOS ESCUDERO, DE ACAPULCO

Mario GILL

MUCHO SE HA ESCRITO sobre la Revolución mexicana; mucho, pero desorganizadamente, en forma caprichosa, sin método, siguiendo inspiraciones personales o personalistas. Se ha creído que los más indicados para escribir la historia de la Revolución mexicana son los que en ella participaron. Es un error. Los actores del gran drama social de México, por grandes y sinceros que sean los esfuerzos que hagan, no podrán evitar que sus juicios resulten matizados de acuerdo con la bandera política bajo la cual actuaron; es natural que traten de interpretar los sucesos históricos en función de sus muy particulares simpatías. Que yo sepa, no se ha emprendido todavía el análisis crítico, objetivo, de la Revolución. Se han narrado hechos, episodios, anécdotas. Se han acumulado materiales, documentos, datos, como en el libro del general Gildardo Magaña sobre el zapatismo, pero nada más. La Revolución mexicana sigue esperando su historiador; narradores y cronistas aparecen todos los días. Entre tanto, conviene ir reuniendo materiales y apuntando corrientes generales; esta labor mínima facilitará luego el trabajo de conjunto.

De acuerdo con ese criterio, deseo referirme en esta ocasión a un suceso casi ignorado por los historiadores (o comentaristas) de la Revolución mexicana; un episodio de nuestra lucha social que en mi concepto tiene, aparte su dramático contenido humano, una dimensión nacional: el brote revolucionario que encabezaron en Acapulco los hermanos Escudero.

Mucho habló la prensa de México —exagerándolos y deformándolos, por supuesto— de los excesos del radicalismo en Veracruz, cuando gobernó aquella entidad el ingeniero Adalberto Tejeda. Mucho se ha escrito acerca de la etapa de izquierdismo demagógico que vivió Yucatán bajo Felipe Carrillo Puerto. Pero muy pocos saben que, simultáneamente, la hoz y el martillo regían los destinos del Estado de Guerrero. El movimiento radical de los Escudero completa lo que yo llamaría la trilogía sangrienta del anarquismo en México.

El paralelismo ideológico y cronológico de los movimientos radicales de Guerrero, Veracruz y Yucatán no es una simple coincidencia. Se explica por el hecho de tener los tres la misma fuente, el mismo origen: la Casa del Obrero Mundial, cuartel general del anarquismo mexicano, centro motor del proceso de radicalización de las masas en nuestro país, y por obedecer a las mismas causas y factores históricos: el triunfo de la Revolución mexicana y el tremendo impacto que fué la conquista del poder por la clase obrera en la Rusia zarista.

Los dirigentes de los tres movimientos habían salido de las aulas de la Casa del Obrero Mundial, fundada por el anarquista español Juan

Francisco Moncaleano. Aparte los matices propios que los mexicanos imprimieron seguramente a las doctrinas de Proudhon y Bakunin (el anarquismo mexicano resultaba menos negativo que el europeo), éstas fueron modificadas, completadas o combinadas con las tesis socialistas y marxistas de la Revolución rusa de 1917. Así, pues, la doctrina en que se inspiraron los dirigentes de los movimientos radicales de Guerrero, Veracruz y Yucatán eran una mezcla confusa y caótica de anarquismo y socialismo, ambos muy mal digeridos, e interpretados de acuerdo con el temperamento personalísimo de los líderes.

Los tres movimientos coincidían en sus líneas generales —convertir a los obreros y campesinos en fuerza dirigente—, pero cada uno tuvo sus características peculiares, según el medio y las circunstancias; de los tres, seguramente el de Guerrero fué el menos desorbitado, el menos demagógico, el más serio y consecuente.

Es natural que se le desconozca si se piensa que Acapulco estaba entonces (1920-1923) aislado del centro de la República. Para llegar al puerto había que emprender una verdadera odisea: un largo viaje por tren hasta el Istmo o Manzanillo, para luego embarcarse en este puerto o en Salina Cruz hasta Acapulco, a no ser que se prefiriese la ruta de los arrieros, por la sierra: quince días del mar al altiplano. Los grandes diarios de la metrópoli no llegaban al puerto, ni sostenían allí, por supuesto, corresponsales que informaran oportunamente. A eso se debe que el movimiento escuderista que hoy reseñaremos sea conocido exclusivamente de los guerrerenses.

TRES SIGLOS DE RETRASO

Antes de que el turismo lo desnaturalizara, Acapulco era uno de esos puertecillos de pescadores de los mares del Sur; para los viejos residentes, aquélla fué la edad feliz, a pesar de todo. No había palacios ni hermosas avenidas costeras, pero cada habitante podía escoger, en los cerros, el terreno que le gustase para construir allí su casa; bastaba dar aviso al Ayuntamiento de que se iba a ocupar aquel terreno, para que un empleado se presentase a dar posesión y tomar nota de las dimensiones del Predio. El nuevo propietario correspondía con un donativo voluntario de diez o quince pesos para ayuda de los gastos de la administración municipal. El recibo correspondiente equivalía a un título de propiedad indiscutible. (Años más tarde, cuando surgieron las compañías fraccionadoras, y gracias a la intervención del presidente Cárdenas, esos recibos salvaron a sus propietarios de la expropiación acordada por la Junta Federal de Mejoras Materiales.)

En aquellos dichosos días no había carreteras escénicas, ni elegantes malecones de pesca, pero las playas estaban cubiertas por cardúmenes de ojetones (especie que se refugia en las partes bajas de la costa), que proveían a la población de alimento gratis, abundante y sabroso. Quienes renunciaban al placer de ir a pescarlos podían adquirirlos a razón de dos docenas por cinco centavos. Hoy, si se encuentra, cuesta setenta y cinco centavos... ¡cada ojetón!

En aquellos tiempos —hace apenas treinta años— el salario mínimo era de \$ 1.00 (ahora es de \$ 8.50), pero el litro de leche costaba diez centavos, y un centavo los huevos, que ahora cuestan, respectivamente, \$ 1.50 y \$ 0.50. Acapulco no era “la octava maravilla del mundo”, ni tenía renombre internacional, ni había sido descubierta por los aburridos millonarios norteamericanos, ni por los prósperos políticos “revolucionarios”. La vida de los cinco o seis mil habitantes del puerto transcurría tranquila y soñadora; disfrutaban despreocupadamente de su paraíso tropical, meciéndose en las hamacas, bajo las palmeras, a la hora de la siesta. No se había inventado todavía esa institución que como una maldición cayó sobre los habitantes del puerto: la Junta Federal de Mejoras Materiales.

Acapulco, pues, era simplemente un rincón de México. Lo era por su espíritu, por su carácter, por sus costumbres, pero económica y políticamente Acapulco no era de los mexicanos, sino de los españoles. Aun cuando Acapulco trabó grandes batallas por la Independencia de México y fueron las montañas del Sur baluarte donde el insurgente que dió su nombre al Estado sostuvo la bandera de la libertad cuando la causa nacional parecía perdida; aun cuando en Guerrero se firmó el pacto de consumación de la Independencia, Acapulco siguió viviendo de hecho bajo la dominación española. Desde el punto de vista formal, después de 1821 los mexicanos reivindicaron su derecho a gobernarse a sí mismos pero, en la práctica, fueron en Acapulco los gachupines los que siguieron gobernando.

Con paciencia y astucia, aprovechando la inercia de tres siglos, la incomunicación, las pugnas intestinas y la indolencia y miseria de los nativos, los españoles se fueron apoderando poco a poco de todas las riquezas de la región y controlando todas las actividades productivas. A través de los años, tres casas españolas, B. Fernández y Cía., P. Uruñuela Cía. y Sucs., y Alzuyeta y Cía., habían llegado a dominar en forma absoluta la economía de ambas costas —Costa Chica y Costa Grande—, donde se halla la riqueza de Guerrero. Al iniciarse la segunda década del presente siglo, el dominio de los gachupines era quizá más absoluto que el que ejercían en todo el país al iniciarse la guerra de liberación nacional, en 1810.

Esas tres casas españolas controlaban en forma total la economía de ambas costas y, por lo tanto, la vida política. Eran las dueñas del comercio, de la tierra, de la producción agrícola, de las fábricas, de las comunicaciones y del crédito. No había muchacha humilde, si era hermosa, que escapara a los caprichos de los propietarios; todo podían adquirirlo por la buena o por la mala: poseían el dinero y el poder público. Acapulco vivía en pleno régimen colonial.

El secreto de ese dominio era la incomunicación. Los españoles lucharon por mantenerla, amenazando, asesinando, cohechando. Todos los enviados del gobierno federal comisionados para estudiar las posibilidades de abrir la carretera regresaban ricos, pero con un informe negativo en la cartera. Las tres casas españolas poseían una flotilla de pailebotas que hacían el servicio de cabotaje entre Acapulco y Manzanillo, hacia el Norte, o hasta Salina Cruz, por el Sur. Siendo ellos los armadores de esos

barcos, ningún competidor podía proveerse directamente de mercancías. Poseían además los chalanes que hacían el servicio de carga y descarga desde los barcos a la costa, pues no había muelle.

El tráfico por los caminos de herradura estaba también bajo su control; los grandes atajos de mulas que recorrían las montañas sureñas estaban al cuidado de sus agentes Félix Terán en Acapulco, Rosendo Cárdenas en Coyuca, Zeferino Torreblanca en San Gerónimo, Mauro Guerrero en San Marcos, y Josefa Guillén viuda de Pamplona en Ometepec de la Costa Chica. Estos individuos eran, al mismo tiempo, agentes de compra y acaparadores, al servicio de los españoles y financiados por ellos. Los campesinos desamparados se veían obligados a entregar sus cosechas o venderlas al tiempo a cambio de mercancías (una muda de manta para una familia campesina por una carga de ajonjolí). En Pie de la Cuesta las tres casas españolas poseían grandes bodegas, destinadas a guardar las cosechas acaparadas con fines de regularización del mercado, o de encarecimiento.

Para hacer más absoluto su dominio, los españoles habían adquirido enormes extensiones de tierra en ambas costas. Para poder subsistir, miles de campesinos despojados se veían obligados a arrendar las tierras o a trabajarlas como medieros; en uno y otro caso debían sembrar aquello que el patrón les ordenase. Cuando los españoles levantaron sus fábricas de hilados y tejidos —*El Ticuí y Aguas Blancas*—, exigieron a los campesinos que sembrasen algodón, y se lo compraban a precios arbitrarios. Para aprovechar las cosechas de copra, que adquirían a precios ínfimos, construyeron una fábrica de jabón, *La Especial*, cerca de Acapulco.

El pequeño comercio ejercido por los mexicanos dependía asimismo de las tres casas españolas, que proporcionaban las mercancías a crédito y en condiciones de tal manera onerosas, que el deudor estaba siempre a merced del acreedor. Las tres casas habían creado un fondo destinado a hacer quebrar a los competidores peligrosos, que naturalmente no eran los mexicanos, sino los libaneses. Tal vez por su misión siniestra, llamaban *La Calavera* a la caja fuerte que guardaba ese dinero destinado a cohechos, a “mordidas”, a cubrir las pérdidas originadas por la venta de mercancías en competencia a precios de *dumping* y también a pagar servicios especiales de los pistoleros de alquiler. Los agentes viajeros que llegaban al puerto y se atrevían a ofrecer su mercancía a los mexicanos eran boycoteados por las casas españolas.

Los gachupines habían puesto el pie en el pescuezo a los comerciantes mexicanos. Para librarse de esa asfixiante sujeción, algunos hombres de negocios nativos conjugaron sus fuerzas y adquirieron barcos propios para transportar su mercancía. Los españoles, entonces, cohecharon a los capitanes para inducirlos a hacer naufragar los buques. Tal cosa ocurrió con *El Progreso*, de nueve toneladas, y con *La Otilia*, de seis toneladas, que, con el pretexto de alguna tormenta, fueron arrojados contra los arrecifes.

Esa “economía dirigida” que habían implantado para su propio beneficio las tres casas españolas tenía que apoyarse en el control político. El triunvirato español ejercía el poder político a través de testaferros y

peleles mexicanos, designados por los gachupines. Don Cecilio Cárdenas, don Simón Funes, don Antonio Pintos y otros se turnaban en el ejercicio de la autoridad municipal. Sus cargos eran honorarios, pero ningún sueldo podía igualar las ventajas de estar en gracia con los españoles. A su influencia corruptora no escapaban las autoridades federales: jueces, administradores de aduana, celadores, jefes de guarnición de la plaza, etc. En los tiempos del porfiriato, como recurso normal contra los campesinos que se rebelaban contra los gachupines, existía la leva: a los insumisos los hacían detener y los entregaban a los cuarteles, para que les pusieran el *chaco* (la gorra militar, según la expresión popular en Guerrero). Finalmente, como expresión definitiva de su dominio político, eran las casas españolas las que pagaban a la policía del puerto.

Naturalmente, a esa hegemonía económico-política hacía falta el dominio espiritual. Los dueños de ambas costas jamás crearon una institución de servicio social, ni un hospital, ni un asilo, pero sí fundaron en Acapulco el Colegio Guadalupano, que dirigía la profesora Nicolasa Vizcarra, bajo la vigilancia de la Iglesia. Se impartía allí una educación confesional, y se esforzaban por arrancar a los niños su respeto y amor a la patria mexicana. En ese colegio, en lugar del himno nacional, se cantaba a la entrada y salida de clases la marcha real española. Este intento de desmexicanización se realizaba con toda la población del puerto. Las fiestas patrias pasaban casi desapercibidas; en cambio, el 8 de septiembre —aniversario de la batalla de Covadonga— se festejaba con gran pompa: *tedenums*, desfiles bajo palio, procesiones encabezadas por las autoridades militares y eclesiásticas con atuendos de la época del Imperio de Iturbide y, naturalmente, la marcha real española día y noche.

EL DESPERTAR DEL PUEBLO

Tal era la situación de Acapulco en 1910. En el siglo transcurrido desde el Grito de Dolores, los gachupines del puerto habían recobrado totalmente su dominio. La Revolución triunfante, con Madero, no operó ningún cambio en la situación de Acapulco, pero poco después —1913— empezaron a ser motivo de comentarios en el puerto las veleidades de un joven acapulquense, miembro de una de las más encumbradas y ricas familias de la localidad: Juan R[eguera] Escudero.

Resultaba inexplicable para todos que aquel muchacho alegre y simpático, hijo de un español millonario, se codeara con los estibadores y cargadores de la playa. Al regresar en 1910 de los Estados Unidos, donde había estudiado tres años en el Saint Mary's College de Oklahoma, construyó una lancha de motor —*La Adelina*—, la primera que hubo en Acapulco, y manejándola él mismo organizaba excursiones a La Roqueta, cobrando cincuenta centavos por ida y vuelta. En esa época, Juan conoció la terrible situación en que vivían los trabajadores del mar, que ganaban salarios de un peso por jornadas de trece y catorce horas, descargando bultos hasta de cien kilogramos, con el agua a la cintura, de los lanchones a la playa. Conoció las infamias de los enganchadores norte-

americanos, que llegaban al puerto a "levantar la contrata" de carne morena para los cafetales de Centroamérica. Los negreros norteamericanos rechazaron la demanda de dólar y medio por jornada que exigieron los trabajadores de Acapulco aconsejados por Juan, y los enganchadores se fueron a recoger su cargamento humano a Manzanillo.

Escudero, joven intuitivo, y que además había observado las luchas de los grandes sindicatos portuarios de San Francisco, California, comprendió que el camino era la organización, y congregó en una Unión a todos los trabajadores de mar y tierra, estibadores y cargadores. (La Liga de trabajadores a bordo de los barcos, fundada entonces por Escudero, subsiste todavía; es un poderoso sindicato, que dirige un discípulo de Juan, "Tancho" [Constancio] Martínez.) Sus demandas se reducían a la jornada de ocho horas, el descanso dominical y el aumento del salario.

La colonia española se alarmó; a través del padre, don Francisco Escudero y Espronceda, trataron de someter al hijo pródigo, pero todo fué en vano. En su fuero interno, don Francisco veía con simpatía las actividades de su hijo. Los gachupines decidieron entonces aplicar al revolucionario sus métodos acostumbrados: halagaron al jefe militar, Silvestre Mariscal, interesándolo en negocios productivos, y lo convencieron de que Juan era un peligro en el puerto y debería ser eliminado. Al producirse la traición de Victoriano Huerta, Mariscal reconoció al gobierno usurpador; el momento era propicio y el jefe militar decidió expulsar de Acapulco a Juan R. Escudero.

El deportado desembarcó en Salina Cruz y siguió a la ciudad de México, donde se hallaba su hermano Fulgencio. En la capital trabajó para sostenerse como inspector de jardines. Se relacionó con algunos líderes del movimiento anarquista. Dedicaba todas sus tardes, después del trabajo, a la Casa del Obrero Mundial, que se hallaba en su apogeo como centro rector de la vida revolucionaria y tenía entonces sus oficinas en la Casa de los Azulejos. Pasó después una temporada en el puerto de Veracruz, donde se gestaba el gran movimiento izquierdista que culminó durante el gobierno del coronel Tejeda, y, ya rumbo a Acapulco, se radicó algún tiempo en Tehuantepec, donde trabajó como secretario de un juzgado de distrito y aprendió a redactar amparos, conocimiento que tan útil le sería más tarde.

En agosto de 1919, Juan se hallaba de nuevo en Acapulco. Era un hombre de treinta años, fuerte y optimista. Llegaba con un bagaje filosófico, obtenido en la Casa del Obrero Mundial, en sus lecturas y en su trato, por correspondencia, con su maestro Ricardo Flores Magón. La Revolución mexicana se había consolidado, y la clase obrera había tomado el poder en la Rusia zarista. Escudero desconocía el marxismo, pero intuía que Lenin era en esos momentos el guía de la humanidad progresista y que el futuro del mundo debía ser modelado por los trabajadores. Cuando regresó sabía ya, con exactitud, qué era lo que tenía que hacer.

Tom Mix, el héroe de las películas yanquis, despertaba por entonces mucho interés entre los sencillos acapulquenses. Cuando se exhibía alguna de sus películas, el "Salón Rojo" se llenaba a reventar. Escudero aprovechó la oportunidad, compró un boleto de galería, y durante el inter-

medio de una de estas funciones se dirigió a los trabajadores en un discurso exaltado y ardiente, invitándolos a organizarse en un partido político, para luchar contra los explotadores españoles. La batalla se había iniciado en el propio reducto de los enemigos. El propietario, Maximino Sanmillán (español), llamó en su auxilio a la policía, y se produjo un zafarrancho sangriento.

Así se inició en Acapulco un período de agitación; no había acto de masas en el puerto que no fuese aprovechado por Escudero o sus discípulos para llamar al pueblo a organizarse y luchar contra sus explotadores seculares. Esa táctica bolchevique y el contenido de las prédicas le valió a Escudero el mote de "el Lenin de Guerrero". Finalmente, en la casa núm. 3 de la calle de Rosendo Posada se constituyó el Partido Obrero de Acapulco. El primer presidente fué el herrero Santiago Solano, pero el alma de la organización era indiscutiblemente Juan R. Escudero. El 1º de mayo de 1920, durante la demostración obrera, se planteó la participación del flamante partido en la lucha electoral, para arrebatarse el dominio político a los gachupines.

Juan se resistía a figurar en la planilla, para evitar que el pueblo supusiera que había fundado un partido para su beneficio personal, pero cedió finalmente a las instancias de sus partidarios, y aceptó su postulación. Su triunfo fué arrollador, pero en la computadora—reunida en la casa de Matías Flores—se intentó escamotearle la victoria; el pueblo, a pesar de la intervención de la policía y de las fuerzas federales, hizo respetar su voluntad. El presidente de los computadores, mayor Esteban Estrada, tuvo que proclamar oficialmente el triunfo de Escudero. El 1º de enero de 1921 la bandera del Partido Obrero de Acapulco, roja y negra, con la hoz y el martillo en el centro, ondeó en el asta del palacio municipal.

La comuna acapulqueña no existía en realidad; había sido hasta entonces un instrumento de dominio de los gachupines; no había normas, ni bando de policía, ni policía (pues la que existía era un grupo armado y pagado por los españoles); los impuestos se fijaban caprichosamente; no había tesorería; los funcionarios del Ayuntamiento no percibían sueldos; en fin, era un verdadero caos organizado en beneficio de los amos del puerto. Juan tuvo que crearlo todo. Fijó sueldos de cinco pesos a los regidores y de ocho al presidente municipal; nombró policía pagada por el Ayuntamiento; designó a su hermano Felipe tesorero municipal, para lo cual le exigió una fianza que garantizara sus manejos (la fianza la dió el padre de los Escudero). Redujo los cobros que se hacían en el mercado, e impuso como impuesto máximo el de \$0.25; creó las juntas municipales, para evitar a los residentes de los pueblos el tener que hacer viaje hasta la cabecera para tratar sus asuntos; emprendió una batida contra la insalubridad; exigió que todos los propietarios barrieran el frente de sus casas. En suma, Juan implantó en Acapulco el imperio de la ley y de la justicia.

En cierta ocasión, un perro, propiedad de la familia Escudero, mordió a la anciana Felipa Buenaga; Juan citó al propietario del animal. Don Francisco Escudero y Espronceda se presentó en el palacio municipi-

pal ante su hijo. Éste exigió a su padre que pagara el costo de la curación de la anciana, y le aplicó además una multa de \$100; ordenó que su padre fuera detenido hasta que no hiciera efectiva la multa. El anciano se paseaba furioso por los salones, tirándose de las barbas de plata: "Pero ¿es decir que ni a tu propio padre respetas?", clamaba. "El buen juez, contestaba Juan, por su propia casa empieza."

Fué necesario enviar a un policía a la casa del detenido para recoger el importe de la multa; sólo entonces fué libertado. Otro tanto ocurrió con Ernesto, medio hermano de Juan, multado por no barrer el frente de su casa, y con el cura de Acapulco, don Florentino Díaz, y con muchos otros poderosos. Por falta de personal y de dinero para pagarlo, Juan en persona, con su hermano Felipe, recorría el mercado, para vigilar la calidad de los alimentos, conocer los problemas de la ciudad y escuchar las quejas de los humildes. El joven alcalde trabajaba día y noche. El palacio municipal se convirtió en la casa del pueblo. Para atender mejor los asuntos oficiales, Juan decidió instalarse en la propia casa municipal; tomó una habitación, y se asignó una renta de treinta pesos mensuales, que pagaba puntualmente.

El Partido Obrero se fortalecía y crecía arrolladoramente. Hombres y mujeres ingresaban en masa y pagaban su cuota de \$0.25 semanarios, con lo que el Partido se sostenía en forma independiente. No se aceptaba ayuda económica de ninguna persona ajena a la organización. Don José Saad, comerciante árabe que simpatizaba con Escudero, le envió un obsequio —un par de zapatos—, que Juan rechazó; Saad ofreció entonces una cantidad para ayuda del Partido. Ante la nueva negativa de Escudero, el árabe inquirió a través de "Cobitos" (Gustavo Cobos Camacho, fiel ayudante del alcalde) "si aceptaría un 30-30". Escudero aceptó inmediatamente. "Lo recibo —comentó con Cobos— porque con esas armas acabaremos con todos esos capitalistas."

La colonia española temblaba de ira y de miedo ante el avance de la revolución escuderista. Mantenía aún férreamente el control económico y seguía contando con la complicidad de las autoridades federales del puerto. Era una lucha desigual: la comuna de Acapulco, pobre y apenas improvisada, contra el poderío económico de los gachupines, que se extendía por ambas costas. Juan decidió dar la batalla en todos los frentes, y el Partido Obrero fué controlando uno tras otros los municipios de ambas costas de Guerrero. El único medio de acabar con el dominio económico de los españoles consistía en la apertura de la carretera a México. Juan acudió al gobierno federal y logró la simpatía del presidente Obregón para el proyecto.

Era una lucha a muerte. Juan vivía constantemente amparado, pero a pesar de eso no pudo evitar infinidad de atropellos, encarcelamientos en el castillo de San Diego, amenazas de muerte; pero el líder del Partido Obrero tenía temple bolchevique; mientras más dura la lucha, mayor era su entusiasmo para el combate. Desde las páginas de su pequeño periódico, *Regeneración* —afloramiento magonista, creado a raíz de la fundación del partido y que se hacía en una imprenta propia, adquirida por go dólares en los Estados Unidos—, flagelaba sin descanso a sus enemigos,

los gachupines. Éstos crearon su prensa para combatir al escudero, pero viendo que perdían terreno, decidieron emplear sus viejos métodos, radicales pero efectivos: el cohecho y el asesinato.

EL TIRO DE GRACIA

Los gachupines hicieron girar la combinación de *La Calavera*. Algo siniestro debería ocurrir. Cuatro de los regidores de la comuna encabezada por Escudero sucumbieron a la tentación: Ismael Otero, Ignacio Abarca, Plácido Ríos y Emigdio García. La crisis estalló en el seno del cabildo cuando se planteó el problema del rastro. Hasta entonces el abastecimiento de carnes para la población había sido uno de los negocios más productivos, porque se ejercía sin control oficial y porque la mayoría de las reses sacrificadas procedían del abigeato. Escudero trató de acabar con esa anarquía. Hubo una serie de sesiones turbulentas, durante las cuales Juan estuvo varias veces a punto de ser asesinado, en una ocasión por Ismael Otero y en otra por Alfredo Rebolledo; en ambas le salvó la vida su mujer, Josefina ("Chepina") Añorve, hermosa y brava morena de diecisiete años, que además de amante era su guardaespaldas.

Pero nada hacía retroceder a Escudero; estaba resuelto a restituir al municipio sus legítimos ingresos, para beneficio del pueblo. Los gachupines, coligados con el mayor de órdenes de la Plaza, mayor Juan S. Flores, y con el comandante del Resguardo, Luis Mayani, decidieron acabar de una vez. La sesión del 11 de marzo de 1922 fué la más tormentosa; terminó a las dos de la mañana con la decisión inquebrantable de Escudero de acabar con la inmoralidad en el asunto de la carne. El palacio municipal estaba cercado por las fuerzas federales. De acuerdo con el plan trazado por los gachupines, se hicieron algunos disparos desde el palacio municipal hacia el edificio del Resguardo Marítimo; fingiéndose agredidos, los celadores replicaron y se lanzaron al asalto con la cooperación de las fuerzas federales.

Juan, con sus quince policías mal armados, resistió el ataque. A las tres de la mañana la puerta fué violentada, y los asesinos penetraron en busca de Escudero; éste intentó escapar por la parte posterior, pero al escalar un muro fué alcanzado por las balas de los soldados apostados en un edificio fronterizo; herido, cayó al interior del palacio municipal; arrastrándose, ayudado por Chepina, llegó hasta el cuarto que ocupaba en el mismo palacio municipal. Cuando su mujer trataba de auxiliarlo se presentó el mayor Flores: "Vengo a darle el tiro de gracia a este tal por cual", dijo. Se acercó hasta donde estaba el herido y le disparó a la cabeza; a la frente afloró la masa encefálica. Chepina se arrojó sobre el asesino, que intentaba seguir disparando sobre Escudero; la mujer luchó desesperadamente con el criminal, que al fin se retiró, considerando su misión cumplida.

Los amigos de Juan, entre tanto, habían movilizado a la justicia federal. El juez de distrito, Lic. Rodolfo Neri, se presentó en persona en el palacio municipal para recoger a Juan y llevarlo al Hospital Civil. El

tiro de gracia sólo había afectado un sector del cerebro. Gracias a su extraordinaria constitución, Escudero sobrevivió, pero perdió el brazo derecho y quedó paralizado de medio cuerpo. El Ayuntamiento fué desconocido, y se nombró en su lugar una Junta de Administración Civil. Los despojos del líder fueron llevados a su casa, que desde ese momento se convirtió en el cuartel general del escuderismo. Juan estaba vivo, por lo tanto la lucha no había terminado.

LA TRAGEDIA DEL AGUACATILLO

Después de la terrible experiencia del 11 de marzo, con un brazo menos y paralizado de medio cuerpo, Escudero podía haber abandonado la lucha sin provocar la crítica. Su cuerpo quedó maltrecho, pero su espíritu salió más templado de la prueba. Auxiliado por sus ayudantes—su hermano Felipe, Alejandro Gómez Maganda, Cobos Camacho, Julio Diego, Anita Bello y otros muchos— y de acuerdo con sus colaboradores, los hermanos Baldomero y Amadeo Vidales, doña María de la O, Feliciano Radilla, entre otros, continuó la batalla contra el feudalismo español, con renovados bríos. El Partido Obrero era ya una fuerza estatal, que había logrado llevar al gobierno de Guerrero al Lic. Rodolfo Neri, abogado honesto y progresista. Juan había sido electo diputado, teniendo como suplente a Santiago Solano.

Fué seguramente éste el período más intenso de la vida de Juan Escudero. Su invalidez, su reposo forzado estimulaban su actividad intelectual, que había quedado intacta a pesar del tiro de gracia. Desde su sillón de inválido, dirigía la vida del Partido y una escuela de comercio que había fundado. Se cuenta que, desesperado ante la imposibilidad de contar en cualquier momento con un secretario que tomase su dictado, había aprendido a escribir con los pies. La verdad es que poseía un extraño dominio sobre sus facultades físicas. Antes del 11 de marzo era normal en él atender simultáneamente una conversación con dos personas, sobre temas distintos y, al mismo tiempo, escribir en máquina sobre cualquier otro asunto. Era una personalidad magnética y dinámica, de una irresistible simpatía, un líder natural, que en otras circunstancias hubiera llegado muy lejos. Inteligencia privilegiada, carácter, honestidad política y personal, de la que sólo pueden encontrarse antecedentes entre los hombres de la Reforma.

La lucha continuaba más enconada que nunca. Los gachupines veían angustiados el fin de su imperio, pues proseguían los trabajos en la carretera; los obreros y campesinos habían logrado algunas conquistas. Con sus propios recursos, Escudero había creado una tienda pequeña—la llamó *El Sindicato*—, atendida por Chepina, en donde se vendían mercancías de primera necesidad a los obreros en huelga, a precios muy inferiores a los del mercado. La bandera rojinegra de Escudero era paseada victoriosa por las calles del Puerto.

El Partido Obrero se preparaba para nuevas batallas, cuando el 1º de diciembre de 1923 se sublevó en Iguala, en contra del gobernador Neri,

el general Rómulo Figueroa. La sublevación tenía un carácter local, al menos así lo aseguró el rebelde al presidente Obregón; éste rechazó la pretensión de que los jefes militares se arrogasen el derecho de vetar a las autoridades estatales. "De consentirlo—dijo Obregón a Figueroa—, se derrumbaría por su base el orden constitucional." El general Roberto Cruz fué destacado para combatir a los rebeldes. El día 6 de diciembre del mismo año se sublevó en Veracruz el general Guadalupe Sánchez, iniciándose así uno de los movimientos reaccionarios más sangrientos y funestos que ha habido en México.

Al estallar la sublevación, Obregón dió a Escudero el grado de general y a sus hermanos Felipe y Francisco el de coroneles. Les ordenó, a la vez, poner en pie de lucha a todos los campesinos revolucionarios de Guerrero. El jefe de la guarnición de Acapulco, coronel Crispín Sámano, y el mayor de órdenes de la plaza, Juan S. Flores, se mantenían a la expectativa. Cuando los escuderistas se presentaron con un mensaje de Obregón a recoger seiscientos carabinas, los jefes militares declararon: "Díganle a Escudero que nosotros no obedecemos órdenes de Obregón." Escudero había quedado de hecho atrapado en Acapulco. Las señoras María de la O y Carmen Galeana de Solano fueron al telégrafo para informar a Obregón de lo que ocurría en el puerto, pero sus mensajes no pasaron. Durante una semana, Acapulco vivió las horas más tensas de su historia. Obregonistas y delahuertistas, dentro de la ciudad, frente a frente, contemplándose con recelo.

Por un lado, todo el pueblo de Acapulco apoyando a su líder, y por el otro, fuerzas federales bien equipadas, que no se atrevían a atacar. El pueblo hacía guardia en la plazuela frente a la casa de los Escudero —la plaza roja de Acapulco—, aguardando órdenes del jefe. Para rescatar al líder llegaron al puerto, desde Atoyac, al frente de sus hombres, los hermanos Vidales y Feliciano Radilla. Propusieron a Escudero que se fuera al monte, para formar un ejército y batir a la reacción. Pero los enemigos de Escudero no querían soltar su presa. A través del cura Florentino Díaz —la Iglesia cumplía una vez más con el papel de auxiliar del capitalismo—, presionaron sobre el ánimo de la señora Irene Reguera, madre de los Escudero, y sobre el ánimo de doña Trinidad Hernández, esposa de Francisco Escudero, para que éstos se entregaran; de hacerlo así —insistía el cura—, se les respetaría la vida.

Doña Irene corría del curato al cuartel (donde Sámano confirmaba que daría garantías a los Escudero) y de allí a su casa, rogando y ordenando a sus hijos que se entregasen. El cerco se estrechaba. Los atoyaqueños, impacientes, exigían una decisión. Juan resolvió partir con ellos; sus amigos y ayudantes organizaron la fuga: deberían salir de noche, a caballo, y embarcarse en el Muelle del Carbón. Julio Diego conduciría a Juan (incapacitado para sostenerse en la silla), montado en las ancas del caballo. Al darse cuenta de estos preparativos, la madre se plantó frente a sus hijos y les dijo dramáticamente: "Si ustedes se van, les juro que me arrojaré de cabeza al pozo." "¡Váyanse ustedes!", dijo Juan a los atoyaqueños; y dirigiéndose a doña Irene: "Madre, nos van a matar, pero te haremos el gusto; nos quedaremos."

Al salir de Acapulco los guerrilleros de Atoyac, el cerco se fué estrechando sobre la casa de los Escudero. Dos horas más tarde llegaron a detenerlo. Decía Juan a doña Irene: "Oye, madre, ¿dónde están las garantías que te ofrecieron? ¡Yo no salgo de mi casa!" La madre llamó al cura en su auxilio, para que convenciese a sus hijos. Juan se negó a recibir a don Florentino. Impacientes, los soldados forzaron la entrada y detuvieron a los tres hermanos, para conducirlos al castillo de San Diego. Del 15 al 21 de diciembre estuvieron en la prisión. El pueblo proponía asaltar el castillo y libertar a sus jefes. Doña Irene se oponía: "Que no se mueva nadie, ordenaba, porque matan a mis hijos."

¿Por qué no fueron asesinados desde luego? Doña María de la O lo explica: "Los militares no los asesinaron luego, porque estaban gestionando venderlos a los españoles, como cualquiera otra mercancía. Se hizo una colecta, que encabezaron Alfredo y Alfonso Guillén, con diez mil pesos cada uno; el resto, hasta completar treinta mil, lo aportaron Fidel Salinas, José Osorio, Pedro Galeana, los hermanos Samuel, Félix y Manuel Muñúzuri, Francisco Vela, los Garay y otros. El día 20 llegó a Acapulco la pandilla de Rosalío Radilla, a la cual se incorporaron en el puerto Reynaldo Sutter, Emigdio García, Facundo Morlet, Policarpo Domínguez y otros muchos. A ellos les fueron entregados los presos para que los asesinaran."

El 20 de diciembre, por la tarde, doña Carmen Galeana de Solano visitó con su pequeña hija Hilda a los Escudero, en su celda del Castillo. La niña lloró cuando oyó a Felipe tocar en el violín su vals predilecto. *Evelia*. "Donde llora esa criatura, sin motivo, comadre, es que nos van a matar", comentó Juan, amargamente.

Al día siguiente, a las cinco de la mañana, fueron sacados del castillo en el camión de una fábrica de los españoles—*La Especial*—, hasta donde terminaba el camino; luego, amarrados y a pie, hasta el Aguacatillo, cerca de La Venta. Allí fueron acribillados en forma salvaje. En el camión que los conducía, Felipe logró arrebatar el máuser a uno de los soldados y se enfrentó a la escolta, pero fué desarmado después de haber herido gravemente a uno de los guardias. A la hora del sacrificio, los verdugos se ensañaron contra Felipe: su cuerpo presentaba catorce heridas. A Juan, caído y atravesado por las balas, le colocaron un arma en la nariz y le dispararon el tiro de gracia. Luego los dejaron abandonados.

La noticia de que los Escudero habían sido sacados del castillo puso en movimiento a todo el puerto. Centenares de mujeres, encabezadas por doña María de la O, salieron en su busca. Cuando llegaron al Aguacatillo, hallaron a Juan con vida, completamente lúcido. El segundo tiro de gracia le había roto la piel, sin penetrar en la cabeza. Hizo una relación detallada de los hechos y señaló a sus asesinos. Las autoridades de La Venta se negaron a levantar el acta y a auxiliar al herido. Juan seguía revolcándose en su sangre, pidiendo que lo condujeran a Acapulco, con su pueblo; con perfecta lucidez hacía recomendaciones a sus amigos: "Que mi sangre no sea estéril", decía. "¡Sigan adelante!" Las mujeres lloraban, y el herido seguía desangrándose, al rayo del sol.

Cerca de las cuatro de la tarde, el mismo camión que los había conducido al sacrificio fué a recogerlos. Juan seguía con vida. No perdió su lucidez ni un momento, y ante el dolor de sus amigos tenía frases de aliento. Cerca de las seis de la tarde—doce horas después de haber recibido el segundo tiro de gracia—, ya entrando en el puerto, a la altura del sitio donde hoy está el Cine Río, Juan expiró en el regazo de doña Carmen Galeana. “Que Dios me deje con vida, para reprocharle esto a mi madre”, fueron sus últimas palabras.

Doña Irene recibió en su casa los cadáveres de sus hijos, impasible, sin una lágrima en los ojos; cuando fueron tendidos en sus camas, los persignó, les besó las plantas de los pies y se arrodilló a rezar el rosario. Doña Irene Reguera viuda de Escudero—don Francisco había fallecido el 26 de marzo de 1923—, con la razón perdida, sobrevivió diez años a sus hijos.

LOS HERMANOS VIDALES

Menguado papel histórico el del delahuertismo. Rebelión sin cabeza, sin principios, sin bandera. Revancha sangrienta y cruel de políticos frustrados, del latifundismo y del gachupinismo. No es una simple casualidad que algunos de los que la provocaron estén ahora al servicio del imperialismo norteamericano. El delahuertismo fué la reacción violenta de la burguesía más reaccionaria en contra de la Revolución; y precisamente en aquellos lugares en que ésta había adquirido un profundo sentido de clase—Veracruz, Acapulco y Mérida—fué donde se expresó con mayor ferocidad.

El delahuertismo, sin apoyo en las masas, fué vencido rápidamente. Tal parece que su misión consistía simplemente en asesinar, en hacer desaparecer a los líderes más avanzados del movimiento social mexicano en esos momentos. En Guerrero, el delahuertismo fué derrotado con facilidad. El 17 de marzo de 1924 se rindieron ante el general Cruz los generales Figueroa y Sámano (ascendido a general por su “acción heroica” en Acapulco) y ante el general Castrejón, pocos días después, los hermanos Ambrosio y Francisco Figueroa y Rosalío Radilla. Acapulco, entre tanto, había sido evacuado por los rebeldes. Los gachupines, que naturalmente habían apoyado a los delahuertistas, se hallaban consternados. Todos los escuderistas habían tomado las armas para defender al gobierno de Obregón; ahora estaban a las puertas de Acapulco, y al frente de ellos los hermanos Baldomero y Amadeo S[ebastián] Vidales, copartícipes, con los hermanos Escudero, en la gran batalla contra los españoles. Aterrorizados hasta la locura, más por los gritos de su conciencia que por hechos reales, convencieron al cónsul norteamericano en el puerto, doctor Harry K. Pangburn, para que, a su vez, solicitase del jefe militar que había ocupado la plaza, un oficial de nombre Amador Estrada—lamentable destino el de ese apellido—, su intervención, para que desembarcaran tropas norteamericanas del crucero yanqui *Cincinnati* a fin de proteger contra las “hordas agraristas”, no al pueblo de Acapulco, sino a la colo-

nia española! El 13 de marzo de 1924, el comandante del buque de guerra norteamericano, un tal Nelson, se dirigió al secretario de Guerra, general Francisco R. Serrano, en los siguientes términos: "A solicitud personal urgente del jefe de las tropas federales que ocupan el puerto de Acapulco y del cónsul norteamericano, me estoy preparando para desembarcar una fuerza armada... con el fin de ayudar al jefe militar mexicano a mantener la ley y el orden en la ciudad...; [en vista de que] no hay jefe militar de responsabilidad al mando en esa ciudad, he accedido a esta petición, únicamente por razones humanitarias... Las tropas agraristas están llegando constantemente, indicando todo graves desórdenes para antes de la noche..."

El general Francisco R. Manzo, subsecretario de Guerra, contestó, en ausencia del titular de la dependencia: "Ningún oficial está autorizado para solicitar apoyo de fuerzas extranjeras, cualesquiera que sean las condiciones en que se encuentre... Ud. no debe basarse en la solicitud de un jefe que Ud. mismo califica de irresponsable..."

Sin embargo, la infantería de marina del *Cincinnati* desembarcó, tal como lo anunció el comandante Nelson. Cuando al día siguiente (14 de marzo) entró Vidales, exigió la retirada inmediata de las tropas yanquis; en un enérgico oficio hacía responsable al cónsul Pangburn de lo que ocurriera si los norteamericanos no evacuaban el puerto inmediatamente. Los yanquis se embarcaron después de algunas horas de ocupación. La prensa de la ciudad de México comentó: "Acapulco fué ocupado por el señor Amadeo Vidales, persona de toda confianza y honorabilidad." Los escuderistas, dueños militarmente del puerto, podían haber tomado represalias; podían haber saqueado o incendiado las casas de los españoles; el pueblo de Acapulco pudo hacerse justicia a la *Fuenteovejuna*; a nadie se habría culpado de ello. Sin embargo, los Vidales hicieron guardar el orden.

Los miles de escuderistas armados para defender el gobierno de Obregón fueron concentrados en la ciudad de México; después de algunos meses, a instancias de ellos mismos, fueron comisionados por la federación para trabajar en el tramo de brecha que faltaba para abrir la carretera Acapulco-México. Todos, sin tener en cuenta sus grados militares, cogieron el pico y la pala. Trabajaron con entusiasmo; bien sabían que aquella brecha significaba la victoria final contra el dominio de los gachupines. Escudero les había enseñado que mientras no se abriese ese camino no podría derrotarse al enemigo. En esa forma aquellos hombres rindieron homenaje al jefe querido. De esa manera también Escudero, a través de su gente y ya muerto, ganó la última batalla contra los gachupines.

La conclusión de la brecha fué el principio del derrumbe del dominio español; pero antes de que éste se produjera hubo que trabar todavía muchas batallas y sufrir muchas derrotas. La bandera de Juan R. Escudero había quedado en manos de Amadeo S. Vidales. Triunfante Obregón, recompensó a los escuderistas con tierras, expropiando algunas haciendas de los españoles. Con ellas se formaron dos cooperativas agrícolas, la primera en tierras cercanas a La Venta—regadas con la sangre de los hermanos Escudero—, donde se formó la sociedad agrícola que llevó

el nombre de *Juan R. Escudero* y otra, posteriormente, en tierras de la vieja hacienda de San Luis de la Loma, que perteneció a la casa B. Fernández y Cía., cerca de Cacalutla. Obregón entregó maquinaria agrícola a los campesinos, que realizaron uno de los primeros esfuerzos de explotación colectiva de la tierra. Entre las cláusulas de la sociedad *Unión de Ambas Costas* figuraban las siguientes:

1) «Adquirir por medio de la cooperación y el trabajo unido de muchos los recursos necesarios para la satisfacción de las necesidades de sus miembros y asegurar su independencia económica.

2) »Desarrollar y fomentar la producción agrícola de la región, contribuyendo al aumento de la riqueza del país.

3) »Desarrollar las facultades físicas y morales de sus miembros para el mejor cumplimiento de sus deberes naturales, cívicos y patrióticos.

4) »Contribuir al afianzamiento de la paz pública y al engrandecimiento de la patria.

5) »Desarrollar en sus miembros el amor al trabajo y fortificar en ellos el espíritu de unión, fraternidad, amor al suelo que los vio nacer y a la patria.»

La lucha se había desplazado de la ciudad al campo. Tenía ahora caracteres más generales y profundos. Arrancada la tierra de manos de los gachupines, se rompía la columna vertebral de su dominio económico. La lucha se reanudó; pero ahora en proporciones de mayor magnitud. Los latifundistas españoles armaron grupos de guardias blancas para destruir a los escudero-vidalistas. Ya que se trataba de una lucha a fondo, Amadeo Vidales consideró conveniente poner a toda su gente en pie de guerra. Para dar una bandera al movimiento, redactó el Plan del Veladero, dirigido a la Nación Mexicana, en el cual, después de interesantes considerandos, expresa: "Por lo expuesto, México, con el propósito de mantener su paz interna, procede a corregir su error constitutivo, [se refiere a la cláusula 13 del Plan de Iguala], tomando posesión desde luego de todas las fincas rústicas y urbanas, negociaciones mineras, agrícolas, industriales y mercantiles, buques y toda clase de embarcaciones matriculadas en puertos mexicanos, vehículos, semovientes, ganadería, mercancía, dinero, negociaciones bancarias, alhajas y toda clase de valores, muebles, etc., que los españoles tengan en territorio mexicano desde el día 6 de mayo de 1926."

Las bases concretas del Plan del Veladero eran las siguientes:

1) «Se reconoce nuestra Carta fundamental, promulgada en la ciudad de Querétaro el 5 de febrero de 1917.

2) »Se desconoce de ahora para siempre la cláusula núm. 13 del Plan de Iguala de 1821, por la que los españoles aseguraron los bienes que manejan, despojados a la nación mexicana por la fuerza. . .

3) »Expulsión general de españoles y nacionalización de los bienes que manejan como reintegro del despojo consumado a la nación. . .

4) »No se permitirá el retorno de españoles a la nación mexicana hasta después de quince años de nacionalizados los bienes reintegrados a la nación, aun cuando éstos lo hagan bajo el amparo de otra bandera.

5) »Será nula la escritura pública o privada por la que se transfiera

la propiedad de inmuebles o negociaciones que en las oficinas fiscales y del Registro Público de la Propiedad hayan estado inscritas hasta el día 6 de mayo de 1926 a nombre de españoles. Se desposeerá a quien esté en posesión de ellas, sea mexicano o extranjero, y los notarios, escribanos, jueces o cualquiera que autorice títulos de tal naturaleza serán castigados como reos de alta traición a la patria, así como los jefes y empleados de las oficinas de Migración que permitan la entrada de españoles que salgan del territorio nacional después del día 6 de mayo de 1926 y regresen nacionalizados en cualquier otro país.

6) »De los bienes reintegrados a la nación pasarán al municipio libre, para su manejo como fuente de vida propia, los consistentes en fincas urbanas, factorías y toda clase de industrias que manejen españoles en el territorio mexicano, y su usufructo será destinado única y exclusivamente al fomento de la enseñanza pública y a la agricultura nacional.

7) »De los bienes reintegrados a la nación consistentes en fincas rústicas, inmediatamente serán dotados de tierra los pueblos, cuadrillas, rancherías y congregaciones que carezcan de ella, aplicando para el procedimiento el decreto de 6 de enero de 1915... El reparto estará a cargo de los jefes militares del actual movimiento, que será legal y reconocido por los gobiernos de la nación. Este capítulo afecta a los latifundios del país.

8) »De conformidad con lo prevenido por el título primero, capítulo primero de la Constitución General de la República, serán respetadas y protegidas por este Plan las vidas e intereses de nacionales y extranjeros *no* españoles.

9) »Los intereses de extranjeros *no* españoles que en el curso de la guerra sean lesionados por causa de fuerza mayor, serán pagados inmediatamente por el gobierno de los intereses reintegrados a la nación.

10) »Los Estados de la República que se adhieran o secunden el Movimiento Libertario de Reintegración Económica Mexicana, reconocerán como directriz la establecida en el Estado de Guerrero...

11) »Los inválidos en campaña serán recompensados y socorridos liberalmente. Los padres, hijos, viudas de los que sucumban en defensa de esta causa, serán pensionados y protegidos hasta su muerte por todos los gobiernos de la nación.

12) »Este Plan reforma en su totalidad el Manifiesto de Linares, Estado de Nuevo León, lanzado a la nación mexicana el día 16 de septiembre de 1922 por los ciudadanos Ricardo y Roberto D. Fernández y F. Bautista.»

El Plan hacía un cordial llamamiento al Ejército Nacional para que secundase el Movimiento Libertario de Reintegración Económica Mexicana, y corría traslado a las naciones extranjeras del acuerdo de desconocer para siempre la cláusula 13 del Plan de Iguala. El jefe del movimiento fué Amadeo, y Baldomero Vidales el de las Fuerzas Libertadoras; suscribieron el Plan treinta y dos personas, entre ellas Feliciano Radilla, Florencio Guatemala, Pablo Cabañas, Jesús R. Zamora, Miguel Luna, Baltasar Martínez, etc., todos ellos discípulos de Juan R. Escudero.

El grito de guerra del Ejército Libertador era: "¡Viva México Independiente! ¡Mueran los Españoles!"

El 7 de mayo de 1926 Amadeo Vidales atacó el puerto de Acapulco, defendido por el general José Amarillas. El combate duró seis horas. Los rebeldes se fortificaron en el Cerro de la Cruz. Herido el jefe Amadeo, los rebeldes se retiraron hacia Costa Grande. El gobierno federal, alarmado, envió al secretario de Guerra, general Joaquín Amaro, con mil hombres; como no encontraran resistencia, se consideró liquidado el movimiento; pero el 11 de mayo los vidalistas atacaban Zihuatanejo. El general Amaro llegó el 14 de mayo a Acapulco, dejó al general Adrián Castrejón encargado de las operaciones y regresó a México; al llegar, expidió un boletín en el que afirmaba: "No hay campaña militar en Guerrero."

Sin embargo, seguían llegando a los periódicos noticias de las actividades de los vidalistas. La lucha no era contra el gobierno, sino contra los españoles: una pequeña segunda Guerra de Independencia. Los periódicos no podían explicarse aquel fenómeno; comentaban: "En Guerrero todo es confusión... todo se vuelve conflictos...; inclusive prevalecen todavía prejuicios de raza... Parece mentira, pero en ese estado hay gentes que creen vivir en la época de la conquista e indígenas que gritan todavía: ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Mueran los gachupines!" (*Excelsior*, 12 de mayo de 1926.)

Las gentes de Guerrero no creían vivir en la época de la Conquista; vivían en ella, y luchaban por su Independencia, con el mismo grito de guerra del cura Hidalgo. No era ignorancia, ni prejuicios de raza de los "indígenas de Guerrero" lo que les hacía gritar: "¡Mueran los gachupines!" Era que, para los habitantes de ese estado, no se había consumado todavía la Independencia: vivían con más de un siglo de retraso.

SANGRE Y TRAICIÓN

Fué una lucha dura y sangrienta, localizada en ambas costas de Guerrero, que duró cerca de tres años. Baldomero, jefe del Ejército Libertador, murió en un combate en la Laguna de Coyuca, el 24 de julio de 1926. El gobierno federal, al comprobar que el movimiento vidalista no iba dirigido a derrocar al presidente Calles, hizo un acuerdo privado con los hermanos Vidales: dejarles en libertad para que lucharan contra los gachupines; no los ayudarían, pero tampoco los hostilizarían. Sin embargo, como la lucha se prolongase demasiado, el general Calles envió como su representante al general José Álvarez y Álvarez para que buscara un arreglo. Éste se logró, finalmente, después de la muerte del general Obregón, que era el principal protector de los escudero-vidalistas. El Lic. Portes Gil vió con simpatía la causa de Vidales y acordó que se les facilitara maquinaria, armas para rechazar a las guardias blancas, crédito, asistencia técnica, etc., y las colonias agrícolas volvieron a trabajar.

Naturalmente, los españoles no se dieron por vencidos y resolvieron aplicar a la situación el mismo procedimiento que usaron en 1923: el

cohecho, el crimen y la traición. Intentaron primeramente desarmar a Vidales, ofreciéndole fuertes cantidades de dinero para que se fuese al extranjero. Un cheque por cien mil pesos a nombre de Amadeo fué regresado con un recordatorio familiar para la madre del que lo suscribía. Fracasado el cohecho, se optó por el recurso infalible: la traición. El 27 de mayo de 1932 —unas semanas después de rechazar el dinero—, Vidales caía apuñalado en la esquina de Palma y 5 de Mayo, en la ciudad de México, por un sobrino del asesino de los Escudero, Asunción (“Chon”) Radilla, alias *El Potro*, a quien Amadeo había salvado la vida en alguna ocasión. La puñalada permitió a Vidales vivir algunas horas. Pudo sacar su pistola para repeler la agresión, pero no disparó porque el asesino se mezcló entre la multitud. Amadeo no quiso exponerse a lesionar personas inocentes. Se dispuso que el cadáver fuese llevado a Acapulco, pero como se temía que su presencia provocase un levantamiento del pueblo de ambas costas, el general Castrejón —entonces gobernador— persuadió a los familiares de la conveniencia de sepultar el cuerpo en Chilpancingo.

Las colonias agrícolas quedaron a cargo de Feliciano Radilla (lugarteniente de Vidales), quien a su vez fué asesinado a traición por Antonio Nogueta, su pariente, pagado por los mismos que costearon los otros crímenes. A la muerte de “Chano” Radilla, las colonias agrícolas se desorganizaron; a la fecha los campesinos han sido despojados. El general Juan Valdés, tío del ex presidente Alemán, se ha quedado con las tierras de la Cooperativa de Cacalutla, según se afirma en Acapulco.

¡Trágico destino el de Acapulco! Primero en poder de los gachupines. Ahora en las manos de los políticos “revolucionarios” paracaidistas y de los turistas yanquis. ¿Se cumplirá algún día lo que dijo don Adolfo Ruiz Cortines en su visita al puerto: que “hay que mexicanizar a Acapulco”?